



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

Escritores y políticos.

(Los Lunes de El Imparcial. Ma-
drid, 2 octubre 1916)

Bajo este mismo título publicó en este mismo diario el día 9 del pasado septiembre un artículo D. Baldomero Argente—a quien desde hace años leo—, escritor, político, y hoy en día subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros de la Corona. El interesante artículo del escritor político y político escritor merece comentario.

Y en primer lugar, ¿cabe marcar así una diferencia entre ellos, escritores y políticos, deslindando sus campos? No lo creo, y menos en España, donde apenas hay escritor que no haga, a su modo, directa o indirectamente política; porque en nuestra patria los de la torre de marfil y el arte por el arte son, afortunadamente, muy pocos. El escritor es entre nosotros político casi siempre, y lo es siempre que escribe, sea como fuere, de política, y el político es escritor, siempre que escribe, de lo que quiera que escriba.

Lo que hay es que nuestros políticos no reconocen en general otra manera de hacer política que la de afiliarse en un partido de los de santo y seña, jefe reconocido y Comités, y preparar elecciones. En la electorería eupíeiza y acaba lo más de nuestra política, y así no sabe qué hacer luego que ha hecho elecciones, como no sea prepararse a las venideras. Y defender el Poder. Y los escritores que aspiran a hacer opinión política y no elecciones, no pueden resignarse a no decir o escribir más que aquello que el jefe crea oportuno, ni se exponen a ridículas excomuniones. Porque no creen ni que los jefes sean depositarios de dogmas ni que los partidos se deban hacer de arriba abajo, por disciplina descendente, sino de abajo arriba, por disciplina ascendente. Porque hay una disciplina descendente y otra ascendente. Ningún escritor puede admitir, verbigracia, que las elecciones—y la electorería es lo ínfimo de la política—de un dis-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

trito hayan de hacerse sin contar con el distrito mismo, con sus Comités de partido, y sí imponiéndoles el jefe, a título de disciplina — descendente, por supuesto —, un candidato que les repugne.

Y es que el escritor—y esto lo sabe muy bien Argente—propende a un fiero personalismo, a cierta hipertrofia de la individualidad, tal vez al atomismo. Mas ello debe aprovechar al político tomando de aliado al escritor; pero tal cual éste es, considerándole como un hombre, como un fin en sí, que diría Kant, y no como un instrumento, menos como un mero elector.

«Aliados, se completan; enemigos, se anulan», escribe Argente. Y así es. «¿Quién inició el recíproco alejamiento?», se pregunta luego, para contestarse en seguida: «Barrunto que los políticos.» Y así es.

Conviene, ante todo, no adocenar así, al desbarate, ni políticos ni escritores. Hay políticos y políticos, como hay escritores y escritores. Ni un puro electorero hábil es, por eso, un político, ni un mero estilista sonoro es, por lo mismo, escritor; ni de un hombre bien trajeado ha de decirse, sin más, que va bien vestido. Y distinguimos. Cuando algunos escritores atacamos, verbi-gracia, la acción pública de tal político, a cuyo nombre suele por muchos juntarse un redondo ¡no!, dejamos a salvo la pureza de sus intentos y su profundo respeto a la dignidad personal ajena; sentimiento que no es, ni con mucho, común a todos los del oficio.

Sí; es cierto que con harta y triste frecuencia el corazón de los escritores suele estar garapiñado de hieles de despecho; pero ¿de quién la culpa? Yo he escrito, y aquí mismo, que nosotros los escritores dichos del 98 queríamos salvar del general naufragio nuestra dignidad personal, por lo menos. No es que nos laváramos las manos, sino que buscáramos que se reconociera el valor ideal absoluto de cada uno—de nosotros y de los otros todos—. Queríamos que no se volviese a la vergüenza de un Campaamor, «diputado por Romero Roble-





dos. Porque sabíamos y sabemos todo lo que hay de humillante y denigrativo en el padronazgo mecénatico político de nuestro país. No queríamos ser patrocinados ni apadrinados, sino reconocidos y respetados.

El conde de Lemos pretendería acaso hoy hacer, cuando menos, diputado provincial a Cervantes—supongo que por Madrid, ya que era de Alcalá de Henares el andariego manco inmortal—; pero siempre que éste se alistase, siquiera por gala y para darle lustre, en el partido del dicho conde, o cuando ya el ánimo del pobre viejo no fuera mas que un rescoldo entre pavesas de lo que fué. Pues lo más fatídico y agorero que al escritor le aguarda de parte de esos hombres por antonomasia llamados públicos es el caritativo homenaje—¡qué tristes formas suele a las veces revestir!—cuando ya la pluma de aquél, herrumbrosa y temblona, no alcanza sino a firmar inocentes y pálidos trasuntos de lo que dejara para siempre escrito. ¡Malhadados homenajes, que no suelen ser sino pilatescas coronaciones con corona de espinas, aunque éstas sean de oro!

Andamos y obramos, sí, los escritores desperdigados y en mutua discordia, y si apiñados, como las briznas del bálago de la parva cuando sopla sobre ella la ventolera. Pero ¿no podían y debían los políticos recoger y envencijar uniéndolos a los escritores? ¿Por qué no lo hacen? Porque el político, acostumbrado a manejar electoreros que muñen y corrompen y subastan electores y a servir a holgazanes pedigüeños pretendientes a destinos, no conoce al escritor de casta, con sus flacos y sus fuertes. «Pero ¿qué querrá?», preguntaba de un escritor un político que no entendía de fuero porque para él era huevo todo y estaba hecho a tapar bocas con mendrugos.

«¡Y todavía no me ha pedido nada...!» dicen que un cierto político decía de un cierto escritor, su amigo entonces, que solía escribirle a trechos dándole lo que po-





día darle, sugerencias ideales. Y es que sólo pedía a trueque de ese puro y libre y desinteresado, aunque acaso pobre servicio, que se le tuviese y tratase como a un hombre en sí, por sí y de sí mismo, como a un valor sustantivo, de validez propia, no como a un candidato a nada y menos que se le rebajase a servir de herramienta de tejemanejes o de pocillo para enjuagues electorales.

¿Puede, por ejemplo, un escritor o un orador, que lo sean—y para el caso lo mismo es orador que escritor—, aguantar que se le largue como a explorador de campo o como a globo de ensayo, para desautorizarle luego si la presupuesta tentativa marra y da en duro? Ningún hombre digno, escritor u orador, acepta el ser adarga de la responsabilidad del que debe mandar. No es oficio del escritor ni del orador dignos abroquelar de ese modo al político.

Y es que el escritor político, si lo es, tiene conciencia de sus ideas políticas, que para eso es escritor. El político que no tiene conciencia de sus ideas—ni, por tanto, idea de su conciencia, ni conciencia ideal—se limita a votar. Decir sí o no suele ser no decir nada propio. «¡Yo no aspiro a gobernar; yo gobierno!», dijo una vez, y no sin arrogancia, un publicista muy conocido mío a un político—por cierto de los respetuosos con la dignidad ajena y atentos a la disciplina ascendente—que con aquella aspiración se disculpaba de no cuadrar sus doctrinas, sino que más bien las redondeaba. Pues sólo las doctrinas cuadradas se tienen firmes en pie; las redondas, una vez posadas, no se caen nunca, como una bola, pero ruedan y cambian sin cesar. Y si el político se ve forzado a redondear sus doctrinas, el escritor debe cuadrarlas y hacerse aquel tetrágono de que el Dante, tan formidable político como escritor, hablaba. ¿O es que el Dante mismo y Maquiavelo y Mazzinni, en su noble patria, no fueron tan políticos como cualquiera de los grandes estadistas italianos hasta acabar en Cavour, el coronador de la unidad gloriosa?





Es, pues, la obliteración del sentido de la dignidad personal ajena por parte de los políticos profesionales, que no quieren comprender a los Licenciados Vidrieras, lo que tiene apartados de ellos a los escritores que sienten su propia dignidad y la responsabilidad del menester que se han echado encima. «¡Son ustedes ingobernables!», me decía un político, y le contesté: «Es que ustedes nos des gobiernan.» Y así es.

«Pero ¿qué importa el responsable?—escribe muy cuerdamente Argente—. El daño es común y común, por tanto, la obligación de remediarlo. ¿Acaso están exentos de culpa los escritores? ¿No son injustos, tremendamente injustos, con los hombres públicos? Su enemiga es más virulenta porque es menos responsable.» ¡Esto no! Somos tan responsables como ellos. ¿Y qué hacen para evitar esa injusticia, si lo es? «Suelen pintarlos—prosigue el subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros de la Corona—como hombres desalmados, incul-tos o imbéciles, ajenos a todo sentimiento de patriotismo, que llegan a la dirección pública como fruto de una selección al revés. ¿No es esto una grande injusticia, una fuente continua de recíproco agravio y una cooperación eficazísima al escepticismo nacional?» Acaso; pero ¿y cómo tratan esos políticos a esos escritores, sobre todo cuando les patrocinan y apadriuan y protegen?

¡Ojalá la virtud real de los políticos y el acicate ideal de los escritores pudiesen ir, en bien de la patria, entretejidos mientras haya Dios!

Miguel de UNAMUNO

